

De esta suerte las verdades santas que profesais, reúnen todos los caracteres que atraen y fijan la veneración. Caracteres de razón: su oscuridad no es un motivo para rechazarlos, y son sostenidos por motivos de credibilidad los más patentes. Caracteres de sabiduría: manifiestan el saber de que emanan, que nos ha unido maravillosamente consigo y adaptado á su fin. Caracteres de grandeza: asombran al entendimiento por su majestad, y por lo sublime de los objetos que le presentan. Caracteres de santidad: nos elevan á la más alta perfección. Caracteres de utilidad: son la fuente de nuestras más puras luces, y el fundamento de nuestra más sólida felicidad. Nosotros no os diremos que comparéis estos dogmas sagrados á los que presentan las otras religiones; nos ruborizamos por nuestro ministerio de proponeros semejante paralelo. Pero os diremos con confianza: investigad en vuestra razón otras doctrinas que proponer á la humanidad; imaginad, si podeis, un sistema de religión más racional, más sabio, más grande, más santo y útil, y entonces comenzaremos á permitir os dudar de la excelencia de los dogmas que proponemos á vuestra fé.

MORAL.

A los dogmas admirables que la religión nos obliga creer, agrega deberes que nos ordena practicar. Para haceros sentir la excelencia de esta parte del cristianismo, no tenemos necesidad de remontar hasta los libros sagrados, en los que el Espíritu Santo la ha consignado; ni de solicitar las explicaciones y apologías que han hecho de la misma nuestros padres en la fé. No, en verdad; en los mismos escritos de muchos adversarios de la religión, es donde se encuentran los más pomposos elogios de sus preceptos; del seno de la misma incredulidad es de donde se elevan los más fuertes testimonios, en favor de la moral cristiana. ¡Cuál es, pues, esta moral, que así sujeta á sus más ardientes enemigos, les prescribe respe-

to, les arranca admiracion? Nosotros rebatiremos constantemente á aquellos incrédulos que calumnian la ley de Jesucristo, por las confesiones solemnes de los propios gefes de su secta, y los oprimiremos bajo el peso de esas autoridades, que se hacen un funesto honor de respetar. Mas reservemos estos testimonios tan decisivos, para oponerlos á los enemigos del cristianismo: hablamos en este momento á cristianos, y nuestro objeto es adherirlos á nuestra santa ley, mostrándoles su sublimidad.

Toda ley tiende por su naturaleza hácia un doble objeto: ella muestra al hombre sus deberes, y lo obliga á cumplirlos. Los mandamientos, la sancion de la ley: hé aquí las dos partes que la componen. Examinemos bajo este doble aspecto la que Jesucristo ha venido á traernos: nosotros veremos que reune, mas que otra alguna que jamas haya existido ó que el espíritu humano pueda imaginar, estos dos caracteres, que concilian la veneracion: la sublimidad de los preceptos, la fuerza y la autoridad de los motivos.

Y por ahora, comparad á los preceptos de Jesucristo todo lo que el entendimiento humano habia producido antes de su venida; porque á esa época es á la que debe referirse, para juzgar nuestra moral. La moderna incredulidad no tiene derecho de oponernos los principios de virtud con que ha hermoñado sus obras: todo cuanto ha pu-

blicado de bello, de puro y santo, nosotros lo reclamamos como ministros de Jesucristo, en su nombre: esos preceptos de que se ha apoderado, son suyos; y no ha hecho otra cosa que quitarles su autoridad, sus motivos y su fin. Semejantes á esos pueblos que insultan al sol, estando bañados en un todo de su luz, los deistas toman en el Evangelio sus principios, y atacan los del Evangelio; despojan al cristianismo de su moral, y se sirven de la misma para combatirla.

Salid, pues, de los lugares ilustrados por la revelacion, vosotros los que queréis conocer hasta dónde llega la luz de la razon; trasportaos á los paises y tiempos que no han conocido á Jesucristo, y decidnos, ¿qué hallais en ellos? El conocimiento del verdadero Dios, así como los principios fundamentales de la virtud estaban estraviados en el universo; la religion, hecha para perfeccionar al hombre, concurría á pervertirlo; habia corrompido hasta la regla de las costumbres: el ejemplo mismo de la divinidad animaba al crimen; no habia pasion que no tuviese sus dioses, sus sacerdotes, sus templos, su culto, sus sacrificios, sus misterios, sus adoradores, sus iniciados, y desde lo alto de los altares los vicios se derramaban sobre las naciones. La filosofía, mas ilustrada que la religion, oponia únicamente algunos esfuerzos á este torrente de depravacion; y haciendo á los filósofos de la antigüedad la justicia que se merecen,

debe reconocerse que muchos entre ellos han adquirido derechos al reconocimiento de las naciones, por los descubrimientos importantes á que los ha elevado la sublimidad de su genio. ¿Y quién sabe si esos grandes personajes no fueron suscitados por la Providencia, para impedir que el aprecio de la virtud pereciese en la idea de los hombres? Ellos brillaban en medio del paganismo, como esas estrellas, que en una oscura noche percibimos de distancia en distancia en un cielo cargado de nubes. Nosotros consideramos todavía con respeto sus descubrimientos, como admiramos á esos atrevidos viajeros que han dejado de asombrar, desde que el Océano está abierto á nuestras navegaciones. Algunos filósofos han alcanzado diversas verdades morales; pero faltos de las nociones del verdadero principio, jamás ninguno de ellos las fundó sobre una base sólida, ó imaginó reunir las en un cuerpo de doctrina. Han emitido algunas máximas; pero siendo en muy corto número para difundirlas, muy tímidos para publicarlas, muy divididos para concertarlas, muy débiles para hacerlas recibir, muy poco virtuosos para conciliarse el respeto, ¡con cuántas fábulas no las han mezclado! No hay filósofo que no haya enseñado algún error, ni error ninguno que no haya sido enseñado por algún filósofo. Dios ha abandonado al mundo á la filosofía, y ha hecho preceder la venida de Jesucristo por

cuatro siglos de las mas brillantes luces, para hacer sentir al espíritu humano toda la insuficiencia de ellas.

Pero cuando los tiempos marcados por la Sabiduría divina, hubieron pasado, el universo atónito vió de un solo golpe eclipsada su filosofía por el resplandor de una filosofía nueva. Del centro de un pueblo pobre, desconocido ó despreciado de las demas naciones, y de la clase la mas oscura de este pueblo, un hombre simple, sin letras, sin cultura, creído el hijo de un artesano, hace salir el código de moral mas sublime que el género humano ha recibido jamás. Ni por la fuerza del raciocinio, ni por el encanto de la elocuencia, es como Jesucristo ha persuadido al universo; esto solo lo ha conseguido por la verdad de sus máximas. Mientras que inspira á sus profetas toda la pompa del idioma, toda la magnificencia de la poesía, se espresa él mismo con una sencillez todavía mas admirable. Superior á las grandes cosas que anuncia, no parece afectarse de ellas: los mas sublimes preceptos, inauditos hasta él, salen de su boca naturalmente, con una claridad, que los hace comprender á todos los talentos, con una autoridad que todo lo domina: habla (y esta es la misma confesion de sus enemigos) como ningun hombre habló jamás, y habla como Dios. Nunca, por tanto, doctrina alguna fué ni tan conocida, ni tan universalmente publicada. El artesano mas gro-

sero, entre nosotros, está mas instruido de sus deberes, que no lo estuvo jamas el mas sabio de los antiguos filósofos. Los elementos de religion que nosotros ponemos entre las manos de la infancia, encierran un cuerpo de moral más estenso, más desenvuelto, más precioso que todos los escritos tan preconizados y voluminosos de los sabios de la antigüedad. Esta moral se ha convertido, y ha debido serlo, en la ley del universo; porque ninguna ley ha sido jamas, ni podido ser, tan sábia y proporcionada á la naturaleza humana; tan útil y eficaz para la dicha de la humanidad; y en sus medios y objeto, la ley de Jesucristo es divina; ella no ha podido ser obra sino de la sabiduría y bondad infinita.

¿Puede figurarse la razon una ley mas universal en sus preceptos? Nosotros preguntamos con confianza á los que la combaten, ¿cuál es el punto por donde ella peque? los desafiamos á nombrar una virtud que el cristianismo no ordene, á indicarnos una perfeccion que no recomiende, á señalarnos un vicio, una sola falta que no proscriba. Reunid en vuestro entendimiento todos los principios de virtud, juntad en él todas las ideas de perfeccion, imaginaos aun nuevos grados de una mas elevada santidad, y no habréis formado sino el modelo del perfecto cristiano: el pensamiento humano no puede estenderse mas allá de lo que Jesucristo ha previsto y arreglado, mandado ó aconsejado.

De esta multitud de mandamientos, que abrazan todas las partes de la vida y se estienden á todas las condiciones, no hay uno solo que no sea perfectamente racional. Esto no quiere decir que la razon por sus solos esfuerzos se haya adquirido el conocimiento de todos los preceptos evangélicos; sino que al momento que ellos le han sido revelados por Jesucristo y manifestados por sus apóstoles, ha reconocido la justicia, percibido la conveniencia, experimentado la utilidad, admirado la sabiduría. Los mas ardientes enemigos de la moral cristiana, se ven forzados á reconocer que las máximas fundamentales de toda moral, estos primeros principios, nacidos con nosotros, y antes sentidos que enseñados, que, segun el grande apóstol, son la ley de los pueblos que no tienen ley, y con arreglo á los cuales la conciencia pronuncia sus juicios en este tribunal interior, donde nuestros pensamientos se acusan y se defienden los unos de los otros; han recibido en el Evangelio un desarrollo que los estiende y los fija, y una sancion que los consagra. Véase, pues, y por la misma confesion de la incredulidad, la porcion mas considerable de la moral evangélica, perfectamente conforme á la razon. No nos resta ya defender contra sus ataques, sino esos mandamientos mas sublimes que habian permanecido en el secreto de Dios, que las naciones no habian podido adivinar, ni sus legisladores dictar, ni sus fi-

lósofos descubrir, y con los que Jesucristo ha entendido el dominio de la moral. Los incrédulos presentan estos misterios de un orden superior, como inútiles, y por lo mismo reprobables; como rigurosos, y por consiguiente insoportables; como exagerando los deberes, y no produciendo sino virtudes facticias; como dando falsas ideas de perfeccion, y conduciendo al hombre á un estado de misticismo incompatible con su naturaleza.

Estas leyes santas, que se acusan de establecer un rigorismo odioso, han perseguido constantemente al rigorismo. Mirad á la Iglesia de Jesucristo repeliendo con la misma mano al libertino que, para autorizar sus pasiones, altera la santa severidad de la moral, y al novador que, para acreditar sus errores, se atavía con una santidad exagerada, lanzando contra uno y otro los mismos anatemas. Lo que de siglo en siglo nuestros padres han reprochado á los herejes, lo que no ha cesado de condenar la Iglesia, ¿se tiene la injusticia de imputarle! Así se contradicen entre sí los errores. Los incrédulos echan en cara á la Iglesia su severidad, y los herejes su indulgencia; se le hace un crimen á la vez de su exactitud y de su moderacion. La moral cristiana presenta el feliz temperamento de la severidad y de la dulzura; el punto de perfeccion siempre es tocado, y jamas escedido. El espíritu del cristianismo es la moderacion, que escluye uno y otro exceso, que tem-

pla hasta el ejercicio de las virtudes, y que recomienda la sobriedad, aun en la sabiduría.

¿Y esta moral tan moderada es, sin embargo, la que reprime mas eficazmente el vicio, la que reúne las mayores precauciones para contenerlo? Todas las demas leyes que han reinado sucesivamente sobre la tierra, han condenado los crímenes; mas aquí terminaba su accion: todo lo que no es enteramente y por sí mismo criminal, ellas lo permiten. ¿Y qué autoridad tenían para prohibirlo? La ley de Jesucristo tiene otra diversa estension: prohíbe no solamente el pecado, sino todo lo que puede conducir á él. El cristiano teme casi tanto como la falta, el peligro de caer en ella: el Evangelio va mas allá del crimen, lo previene, lo ataca aun antes de existir. Para abolir el perjurio, Jesucristo reprueba el juramento sin necesidad; para impedir el homicidio, reprime los movimientos de la cólera; para contener el adulterio, prohíbe deseárselo: el deseo es un delito, la mirada un adulterio. Él coloca su ley á la entrada del corazon humano, como una guardia inflexible, que rechace hasta la idea de todo pecado. ¿Cuál es, pues, este asombroso legislador, que ha osado dar leyes al pensamiento? ¿Quién otro que un Dios ha podido dictar este admirable mandamiento: *Tú no desearás?*

Al proscribir el pecado y todo lo que á él puede conducir, el Evangelio impone la obligacion

de practicar las virtudes mas sublimes. A su publicacion, una revolucion se ha obrado en la moral: todo lo que los mas bellos genios del paganismo habian descubierto é imaginado, se ha disipado ante su resplandor, ó ha sido aniquilado por su autoridad, así como al aspecto del astro del dia, se ven desvanecerse las sombras de la noche, y liquidarse el rocío de la mañana. Sus máximas tan preconizadas han sido, ó sobrepujadas y como absorbidas por la abundancia y la belleza de los preceptos cristianos, ó contradichas y confundidas por la santidad de la fé evangélica. Todas las ideas morales derramadas sobre la faz de la tierra, Jesucristo las ha perfeccionado ó reformado: ha consagrado las unas y fijado su justa estension; ha condenado las otras, y las ha hecho desaparecer de la opinion de los hombres; ha dado, en fin, al universo, nuevas virtudes.

La incredulidad moderna afecta desconocer estos beneficios de la religion. En sus ideas, las virtudes propias al cristianismo, y que el Evangelio ha dado al mundo, son falsas y sin objeto; igualmente incompatibles con la bondad divina y con la debilidad humana. La humildad cristiana no es sino un exceso: sobrepasa la modestia, aísla al hombre en la sociedad, lo degrada robándole el mas precioso de sus bienes, el aprecio de sí mismo, y el mas poderoso de sus motivos, la estimacion pública.

El amor de los enemigos aniquila la sociedad, entregando al hombre virtuoso sin defensa á todos los ataques injustos.

¿Puede Dios prescribir la mortificacion? ¿puede querer que nosotros estemos ocupados sin cesar en hacernos infelices? ¿puede exigir privaciones y austeridades continuas?

Las abstinencias prescritas por la ley destruyen el cuerpo, sin ninguna utilidad para el alma; estos son suicidios lentos.

La abnegacion de las riquezas y honores quita á la sociedad política su principal móvil. ¿Qué vendria á ser ésta si se compusiese de hombres á quienes todos los intereses personales fueran extraños?

Refutemos todos estos errores. Enseñemos al incrédulo cuáles son estos preceptos que desfigura; hagámosle conocer su verdadero espíritu que desnaturaliza, y demostrémosle que no se puede combatir nuestra divina ley sino calumniándola.

La humildad cristiana no es el exceso de la modestia, sino su perfeccion. La una se opone al orgullo; la otra combate hasta el amor propio. El hombre es modesto, porque reconoce la justicia de no turbar á la sociedad por sus pretensiones, y la utilidad para él mismo de no irritar las pretensiones de otro. El cristiano es humilde, porque su fé le enseña que no tiene por suyo sino el pecado, y que todo lo que posee, así de dones de

naturaleza, como de bienes de fortuna y de tesoros de gracia, habiéndole sido dados por Dios, quien puede retirárselos cuando le plazca, no tiene derecho de gloriarse de nada. Así la modestia es una condescendencia loable, pero compatible con la opinion la mas mal fundada de sí mismo: la humildad, al contrario, siendo un sentimiento profundo, fundado sobre el conocimiento de nuestra nada, escluye todas las asechanzas del amor propio. ¿La modestia sola seria capaz de comprometer al hombre á esos sacrificios penosos á los que la humildad se consagra? ¿bastaria para conducirlo á las funciones mas abatidas, y sin embargo las mas útiles, que la caridad abraza, y que la humildad ennoblece? En sus efectos, como en su principio, la humildad es infinitamente superior á la modestia. ¡Se acusa de aislar al hombre, á esta virtud preciosa, que aproxima los rangos de la sociedad, y que llena los intervalos desesperantes que habian establecido las instituciones humanas! ¿Cómo despojaría al hombre del aprecio de sí mismo, una religion que le dá una tan alta idea de su ser, descubriéndole sus grandes relaciones con la divinidad? ¿Cómo le vedaría esta estimacion pública, que le ordena merecer? La edificacion del prójimo es uno de nuestros deberes; el cuidado de la reputacion uno de nuestros preceptos. ¡Y á cuántos personajes, tan célebres en los fastos de la patria como en los de la Iglesia, no

tributamos nuestra veneracion! La humildad no hace al hombre indiferente ni á su propia estimacion, ni á la del público; pero le impide toda vanagloria, enseñándole que no la debe á sus méritos. El goce del cristiano es el reconocer la mano de donde recibe estos bienes; de tributarle homenaje, de referirlos á su fuente sagrada: ninguno mejor que él sabe apreciarlos mas vivamente; puede, no hay duda, desear que se acreciente su gloria, pero tan solo para que la bondad de Dios sea mas manifiesta. El perfecto modelo de la humildad cristiana se enajenaba de alegría, previendo, que todas las generaciones celebrarían su felicidad, porque el Todopoderoso habia hecho en su favor grandes cosas.

La clemencia no ha sido desconocida á algunos sabios de la antigüedad: más; era, aun en sus ideas, la mas heroica virtud; y algunos rasgos que hallamos esparcidos en la vasta estension de los siglos paganos, han sido admirados como ejemplos de una generosidad extraordinaria. En la opinion comun, la venganza era un sentimiento noble y un placer puro. Cristianos, á vuestra religion es á la que debeis ver, en fin, las ideas de los pueblos reformadas, y las de sus filósofos perfeccionadas. El Evangelio no se contenta con recomendar el perdon de las injurias como una perfeccion; lo prescribe como un deber riguroso; dá la medida de la clemencia, no dejándole ningunos lími-